



Ricardo Coler
UN JEFE

Ricardo Coler

Un jefe

 Planeta

Doménico —a secas, como le dicen todos—, algo mayor, ojos saltones y pelo escaso, es un viejo lobo de mar. Lo que podía plantearle alguien como yo para reducir costos, un médico promedio, era una idea —¿cómo decirlo?— tradicional. Cualquier profesional, cualquier centro de atención, por más insignificante que fuera, conocería las medidas. De hecho, en el sanatorio se habían puesto en práctica varias veces. ¿Qué era lo que a él le parecía tan buena idea? Mejor dicho, ¿qué era lo que podría ofrecerle yo a alguien como él?

Doménico tiene mucha experiencia, maneja el sanatorio hace más de treinta años y siempre supo cómo mantenerlo a flote en un país arreciado por las tormentas económicas y los cambios de rumbo de los gobiernos. Dudo de que lo que le acababa de decir le pareciera brillante, pero me miraba como si yo hubiese resuelto el teorema de Fermat.

De la nada, me preguntó si me sentía en condiciones de reemplazarlo.

—¿Perdón? No entendí bien —le dije.

—Reemplazarme, dirigir el sanatorio.

Le contesté que sí, por supuesto, y me pareció que se habían abierto las puertas del avión y que yo era el único que saltaba al vacío palpándome la espalda para comprobar si llevaba puesto un paracaídas. Un gesto inútil porque, aunque lo tuviera, no tenía la menor idea de cómo utilizarlo.

Dicen que Doménico se recibió en Italia y que de muy joven vino al país. Los que lo conocen desde hace mucho aseguran que revalidó el título, pero hay otros, de la misma época, que opinan que nunca hizo el trámite y, bajando el tono de voz, que no había nada para revalidar. Sin embargo, Doménico compró el edificio, lo equipó y sostuvo el sanatorio funcionando durante décadas. Mantenía un orden, se ocupaba de cada cosa, pero siempre evitando, con la ayuda de su esquelética secretaria, que sus empleados cruzaran las puertas de la dirección para pedir una entrevista con el dueño. No había necesidad, todo se resolvía fuera de su despacho.

Doménico estaba al tanto de lo que pasaba en los servicios y era capaz de hacer la ronda médica deteniéndose en cada paciente de la unidad de cuidados intensivos, tomándole el pulso a cada uno de ellos y opinando sobre la frecuencia y la regularidad del latido. Un procedimiento que en la actualidad es totalmente inútil: los pacientes internados en esa unidad se monitorean y la pantalla que se ve arriba del cabezal

de la cama es mucho más precisa que apoyar el dedo índice y medio sobre la arteria radial y tomar el pulso. De todos modos, él no perdía esa costumbre de la misma manera que, terminada la ronda, controlaba las compras de alimentos, verdura, carne, fruta y, de paso, al resto de los proveedores.

Cada tanto, finalizada la jornada, se despedía, subía a su auto y se iba para luego volver a mitad de la noche y comprobar que la guardia estuviera funcionando y los médicos despiertos.

Doménico era el dueño y, además de ser un dueño, era un jefe. Se podían hacer muchas críticas al sanatorio, pero lo que no podía decirse era que boyaba a la deriva sin conducción. Firme, pero de buen carácter, muy educado en el trato, solo se irritaba si, mientras recorría los pasillos, alguno de los que allí trabajaban se le acercaba para solicitarle, por favor, que lo recibiera a solas. No importaba si era un médico, un enfermero o un familiar.

Doménico sabía que, si alguien quería que lo recibiera en privado, era para pedirle algo o para quejarse. Por eso seguía caminando sin responderle, dejando al solicitante desubicado, sin saber qué hacer. Él no estaba dispuesto a pagar por la libertad de recorrer su sanatorio, escuchando reclamos. Con el tiempo, los veteranos le avisaban a los recién llegados que el dueño era alguien agradable pero que no le gustaba que le

pidieran reuniones exclusivas para proponerle algo o hacerle un planteo.

Le conté a Doménico lo que dicen sobre dirigir un sanatorio, una clínica o un hospital:

—Usted sabe, doctor, si le proponen a un médico cualquiera operar una rodilla, se ofende, lo mira con desprecio; dicen que si uno no es un especialista, es una locura atreverse. Pero, si se trata de dirigir una institución de doscientas camas, la mayoría se siente capacitado.

Doménico se rio. Había entendido lo que le había dicho.

—¿Entonces yo? —me preguntó.

—¿Entonces usted qué cosa?

—Hace treinta años que dirijo esta institución. ¿A usted le parece que lo hago mal?

—No, doctor, para nada. A uno puede parecerle mal alguna que otra cosa, pero no, en absoluto.

—¿Entonces? —me dijo—. ¿Acaso cree que estudié en algún lado cómo se dirige un sanatorio? ¿Cree que algunos de los directores de los otros sanatorios estudiaron para dirigirlos? Se lo ahorro: no. Nadie estudió, es una carrera que en esa época no existía. Además, ¿usted cree que, si alguien se recibe, por ejemplo, en administración de empresas, se convierte automáticamente en un jefe? ¿Que se puede aprender a dar indicaciones que nadie las discuta?

Me quedé pensando. No solo tenía razón, sino que, además, mi comentario había sido despectivo.

—Es cierto, pero no sé si yo estoy capacitado para eso.

—Lo está —me dijo—. ¿Usted se dio cuenta de que, para ser presidente, el puesto más importante de un país, nadie estudia? Que, además, salvo que sea una reelección, nadie tiene experiencia. Para ser ministro de Economía hay que ser economista, para ministro de Salud, médico, pero presidente puede ser cualquiera. Un director, un jefe, debe saber lo que ocurre en el sanatorio, cuando está presente y cuando no lo está. De día y de noche. Lo que se puede hacer y los que hacen algo que no debieran —me dijo y se quedó mirándome.

—¿Y por qué yo? ¿Por qué me elige a mí? —le pregunté, haciendo lo imposible para que no me temblara la voz.

Durante años nada se supo de la vida privada de Doménico. Como ocurre en la mayoría de los lugares de trabajo, hacer conjeturas sobre la vida del dueño era uno de los pasatiempos más atractivos de los empleados del sanatorio. Cada tanto aparecía un dato: vivía solo, era célibe y estaba consagrado a la iglesia que siempre lo había apoyado. ¿Doménico? Seguro que es del Opus Dei. No parecía, como tampoco parecía que dedicara el tiempo fuera del sanatorio a travestirse o que, cuando se presentaba en mitad de la noche para ver cómo funcionaba la guardia, era porque se había desvelado luego de participar de un culto satánico con miembros muy conocidos de la política nacional. Tampoco era creíble que lavara dinero, el suficiente para comprar el edificio y mantener el sanatorio.

El origen del capital explicaba todo. ¿Cómo hacía el sanatorio para mantenerse en pie y nunca retrasarse con sus obligaciones? ¿Cómo lo lograba cuando tantas instituciones habían quebrado? Según los especialistas en Doménico, los que pusieron el dinero y lo respaldaban no eran otros que la “Cosa Nostra”, la mafia

italiana con la que Doménico se había comprometido desde muy joven y esa era, precisamente, la razón por la que nunca mencionaba su juventud en Sicilia.

Nada de lo que se decía podía comprobarse. Lo que sí era seguro es que nunca, en todos mis años de trabajo en el sanatorio, escuché a alguien decir que si funcionaba bien era gracias a Doménico, un jefe que había sabido manejarlo.

La intimidación del director se mantuvo inaccesible por años hasta que, en un instante, se desmoronó como un techo cargado de agua que se deshace de repente, inundando todos los rincones. El escándalo logró cumplir el verdadero y único objetivo del secreto: ser revelado.

Doménico estaba casado y tenía dos hijas: Bianca y Francesca. Nadie las había visto hasta una tarde en que irrumpieron a los gritos en el privado del padre como si fueran un grupo comando familiar, la fuerza de choque del hogar, la elite de los carabinieri del divorcio. Sobrepasaron sin esfuerzo al encargado y a la primera secretaria, pero debieron detenerse frente a la secretaria principal, la inefable Nilda y su aspecto de tener un pie en el despacho de Doménico y el otro en el más allá, que hacía tiempo la reclamaba.

Nilda se interpuso firme entre ellas y la puerta del director, y además tuvo la osadía de preguntarles quiénes eran y decirles que el doctor no recibía en su pri-

vado. Una escena de resultado seguramente violento pero impredecible hasta que se escuchó la voz de Doménico, del otro lado de la puerta, diciendo que las dejaran pasar. Fue entonces cuando las dos hermanas, una vestida de Armani *prêt-à-porter* y la otra con los *new arrivals* de la línea deportiva Stella McCartney, se hicieron dueñas de la escena.

Doménico alcanzó a cerrar la puerta una vez que las hijas invadieron su despacho, pero no pudo evitar que se escuchara del otro lado con suficiente claridad: “¡Cómo pudiste hacer esto! ¡A nosotras no nos vas a ver nunca más! ¡Olvidate de conocer a tus nietos! De ahora en más, estás muerto. ¿Entendés? Muerto”.

El tiempo parecía detenido mientras el operativo “avergonzarlo” se llevaba a cabo.

¿Qué había hecho Doménico?